

SOPA DE LIBROS

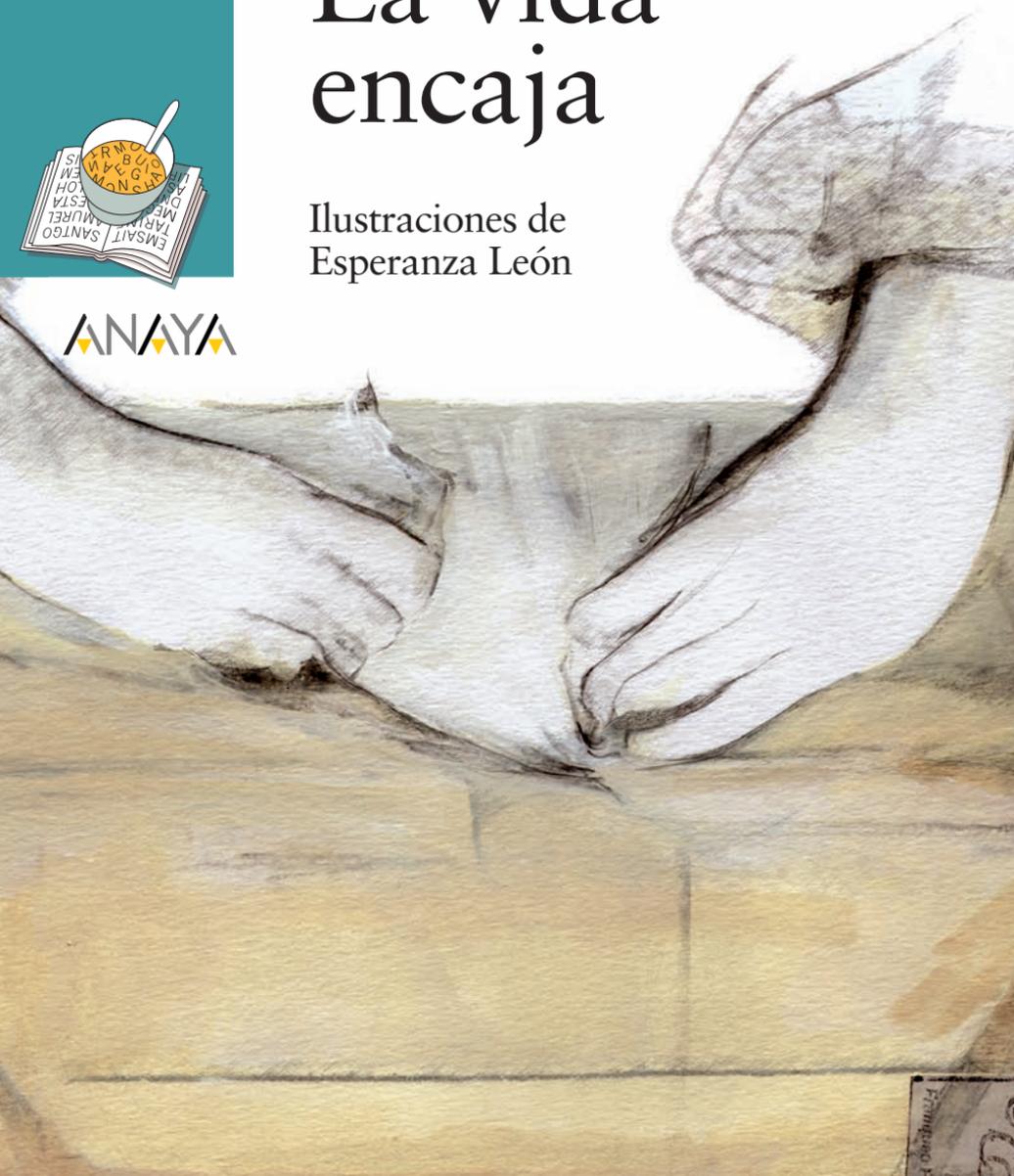
Eugène

# La vida en caja

Ilustraciones de  
Esperanza León



ANAYA



Título original: *Les mises en boîtes*

© Del texto: Eugène, 2004, 2008

© De las ilustraciones: Esperanza León, 2008

© De la traducción: Ana Conejo Alonso, 2008

© Editions La Joie de lire, S. A., 2004

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2008

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, abril 2008

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-667-7696-7

Depósito legal: M. 15.903/2008

Impreso en ANZOS, S. A.

La Zarzuela, 6

Polígono Industrial Cordel de la Carrera

Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

---

Eugène

La vida encaja / Eugène ; ilustraciones de Esperanza León ; traducción de Ana Conejo Alonso . — Madrid : Anaya, 2008

112 p. : il. n. ; 20 cm. — (Sopa de Libros ; 127)

ISBN 978-84-667-7696-7

1. Heroínas 2. Solidaridad 3. Totalitarismo. I. León, Esperanza, il. II. Conejo Alonso, Ana, trad.

821.133.1(494)-3 : 087.5

SOPA DE LIBROS

Eugène

# La vida en caja

Ilustraciones de  
Esperanza León

Traducción de Ana Conejo

ANAYA



*Tal vez el hecho de ser adultos suponga  
aceptar ciertas respuestas sin hacer preguntas.  
Por ejemplo:  
—¿Por qué hay guerras? —pregunta el niño.  
—Desgraciadamente, hay guerras —responde  
el adulto.*

Peter Bichsel

Todavía son las seis y sesenta minutos. El ruido del despertador invade la casa de la familia Baró. No es un ¡píiiii!, ¡píiiii! electrónico, ni una bonita melodía programada con antelación, y mucho menos la voz bien timbrada de un periodista de radio desgranando las noticias de la mañana. No, en la familia Baró, por una razón que ellos mismos ignoran, conservan uno de esos viejos despertadores de sonido atroz, peor que una perforadora introduciéndose en tus sueños.

Al cabo de un minuto, la madre pulsa el grueso botón rojo situado en la parte superior del despertador maléfico. Suspiro. Comienzan las grandes maniobras. La madre se sienta en el borde de la cama. Menea la cabeza bostezando. Se calza las zapatillas. Va al cuarto de baño. La puerta se cierra tras ella. El padre se sienta en el borde de la cama. Bosteza meneando la cabeza. Va a la cocina. Prepara el café. La madre sale del cuarto de baño. El padre entra en el cuarto de baño. Cierra la puerta de golpe. La madre entra en la habitación de Sa-

chinka. Enciende la luz. La niña frunce el ceño y esconde la cabeza bajo las mantas. La madre vuelve a su habitación. Se viste. El padre sale del cuarto de baño. Entra en la habitación de Sachinka. Le arranca las mantas. La madre, vestida con una falda negra y una blusa parda, se mete en la cocina. El padre vuelve a su habitación. La madre retira el café del fuego. El padre se viste. La madre abre los armarios y los cajones de la cocina para preparar el desayuno: cucharas, cuchillos, mantequilla, cuencos rojos, tazas amarillas, platos blancos. El estruendo que provoca termina sacando a Sachinka de la cama. El padre, vestido de gris de los pies a la cabeza, entra en la cocina. Se sienta. Sachinka se viste. Va al cuarto de baño. Siente el agua helada en la cara. Entra en la cocina, donde su madre y su padre, sentados ya a la mesa, le dan los buenos días con la cabeza.

La niña también se sienta. Coge la taza en la que pone «YO» con grandes letras verdes. El padre consulta el reloj de pared a cada minuto. El autobús número dos que le llevará al trabajo pasará por delante de la casa dentro de diecisiete minutos. La tostadora escupe dos tostadas. El autobús número once que llevará a la madre a su lugar de trabajo pasará por delante de la casa dentro de veintidós minutos. Los padres untan sus tostadas de mantequilla mientras Sachinka vierte una considerable cantidad de granos de avena hinchados en su «YO». La madre se echa café en su taza. Los granos de avena mezclados con la leche hacen ¡crag! ¡crag!

en la boca. La madre echa café en la taza del padre. El padre indica la cantidad de café que desea levantando su dedo meñique.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta Sachinka. Su padre no responde. Mastica.

—¿Papá? ¿Por qué has hecho eso?

—¿Por qué he hecho qué? —pregunta el padre sin levantar los ojos de su tostada mordisqueada.

—¿Por qué has levantado el dedo meñique?

—¿Que yo he levantado el dedo meñique? ¿Cuándo?

—Hace un momento. Has levantado el dedo meñique. Lo he visto perfectamente.

—No me acuerdo.

—¿Por qué no te acuerdas? —pregunta Sachinka posando su «YO» en la mesa.

Un extraño silencio se instala en la cocina. Por lo general, nadie habla durante el desayuno. La irrupción de un diálogo en la familia Baró trastoca sus costumbres. Con las manos extendidas sobre la mesa, Sachinka espera. Dos trenzas rubias enmarcan su cara redondeada. Normalmente, en ese redondel hay otros dos redondeles más pequeños formados por sus pómulos cuando sonrío. Pero esta mañana, Sachinka está seria como una I mayúscula.

—Tu padre —comienza la madre intentando que su voz suene paciente— ha levantado el dedo meñique para indicarme el nivel de café que quería que le echase en la taza. ¿Eso es lo que querías saber, hija mía?

—¿Mamá?

—Qué.

—¿Por qué respondes por él?

—¡Pero si no ha respondido por mí! —protesta el padre.

—Sí.

—Sachinka, ¿adónde quieres ir a parar con esta historia del dedo meñique? —pregunta la madre posando sus manos sobre las de su hija.

El padre consulta el reloj de pared, su autobús pasará en menos de nueve minutos. Cruza los brazos y mira de arriba abajo a su hija.

—Quiero aprender cosas —declara ella con una seriedad apabullante.

—Para aprender cosas ya tienes el colegio —responde el padre—. Y vas a llegar tarde, así que date prisa.

—Papá...

—Qué.

—¿Por qué has levantado el dedo meñique?

El padre suspira. La madre toma el relevo.

—Escucha, sé razonable. Es muy temprano; todos estamos cansados. Todavía tenemos los ojos medio cerrados y las ideas poco claras. Así que, por favor, te lo suplico: no empieces con esa clase de preguntas.

De nuevo se instala el silencio. Dura lo que tarda la manecilla de los segundos en dar una vuelta completa en el reloj de la pared. Y después, de golpe:

—Mamá...

—Qué.

—¿Por qué papá ha levantado su dedo meñique?



En lugar de contestar, la madre recoge la mantequilla y la mermelada de albaricoques y las guarda en el frigorífico. Pero la niña no se deja impresionar. Por lo general, sabe dónde está el límite. Sabe hasta dónde puede llegar con sus preguntas. Sin embargo, esta mañana no es una mañana como las otras. Tiene ganas de comprobar lo que ocurre si traspasa el límite.

—¿Papá?

—¿Qué demonios quieres?

Su padre nunca dice «qué demonios».

—¿Por qué te olvidas de lo que acabas de hacer? ¿Te olvidas porque estás cansado, o estás cansado porque todo se te olvida?

El padre se coge la cabeza con las manos. Le quedan exactamente cinco minutos para ponerse el abrigo, calzarse los zapatos, coger la cartera, atravesar el jardincillo y luego correr sobre la acera húmeda hasta la parada del bus y saltar al vehículo atestado de padres de familia como él. Aún podría llegar a tiempo si su hija dejase de atormentarle.

—No lo sé... —dice con acento desamparado—. No entiendo.

—Y yo tampoco —admite Sachinka—. ¿No te preocupa no entender lo que haces? A mí me pone los pelos de punta.

—Saber por qué uno ha levantado el dedo meñique es una cuestión sin importancia. Un detalle.

—Si no sabes por qué levantas el dedo meñique, seguro que te pasa lo mismo con muchas otras

cosas. Te compadezco. No me gustaría estar en tu lugar. Yo, cuando levanto el dedo meñique, sé por qué levanto el dedo meñique.

La madre echa una ojeada a la ventana. El autobús número dos se va. En diecisiete años, su marido nunca había perdido el autobús de las ocho menos cuarto. Por primera vez va a llegar tarde a la fábrica. Es peor que una catástrofe; es lo nunca visto. Con las cejas arqueadas, la madre se vuelve hacia su marido. Pero él no parece darse cuenta de la gravedad de la situación. Está mirando fijamente su dedo meñique con la expresión de un ratón aterrorizado por una serpiente.

—¿Por qué te he levantado? Prometo reflexionar sobre ello durante todo el día, concentrarme y no pensar nada más que en ti, mi pequeño dedo meñique. Y terminaré averiguando por qué, en este martes por la mañana del mes de abril de mi trigésimo octavo año de vida te has movido sin que yo ni siquiera me diera cuenta. ¿Tienes una vida oculta? ¿Obedeces a tu propia voluntad? ¿Tienes alguna alianza con alguna otra parte de mi cuerpo? ¿Estás tratando de organizar un complot contra mí? ¿Voy a despertarme mañana con un pie que se pone a andar solo por la alfombra, mientras mi codo izquierdo se niega a doblarse para ayudar a mi mano izquierda a rascarme la nuca?

Encantada, Sachinka se levanta de la mesa, se ata los zapatos y luego coge su cartera azul. Después de haberle estampado un beso a su padre,

que parece electrizado, le hace un gesto de despedida a su madre y se va. La madre oye a Sachinka atravesar el jardín. Una vez que el ruido cesa, mira alternativamente el dedo meñique de su marido y el reloj de pared.

Su autobús pasa dentro de siete minutos.



A partir de 12 años

Si los adultos respondieran a todos los interrogantes de los niños, ¿qué sucedería?... Una mañana el padre de Sachinka levanta el dedo meñique para pedirle un café a su mujer. Su hija le pregunta por qué ha hecho ese gesto, y él no sabe qué contestar. Sachinka insiste, pues quiere respuestas sencillas para sus preguntas y no parará hasta conseguirlo.

ISBN 978-84-667-7696-7

1556129



9 788466 776967